

LA HAZAÑA DE AURELIO MANRIQUE

Aurelio Manrique ha sido siempre un hombre raro. Fue un estudiante de mucho mérito, que pudo haber obtenido el título en cualquiera de las carreras en que se inició: derecho, ingeniería o medicina. No se preocupó por ser doctor en alguna de esas tres disciplinas y se quedó en profesor. Fue maestro en varias asignaturas. Fue un lector incansable, en muy diversos idiomas. Sin embargo, en donde mayores triunfos alcanzó, fue en la tribuna parlamentaria.

Vida agitada y llena de incidentes a veces plenos de peligro; Manrique es un hombre tranquilo, sereno, bien educado, que sólo en momentos de prueba demuestra su férrea voluntad y su valor indomable.

La hazaña de Manrique es su vida misma. Toda la existencia de este hombre extraordinario, es una hazaña ininterrumpida. Nació para luchar. No ha tenido punto de reposo, aun cuando a veces parece un soñador. Sensible a todas las manifestaciones del espíritu, es una antena receptora en la cual los problemas ajenos se convierten en inquietudes propias. En su niñez y con los primeros libros que cayeron en su mano, principiaron las vicisitudes de este varón que pudo llegar al retiro de un convento y prefirió lanzarse al mundo, decidido a llevar su vida acorde con su conciencia, sin importarle la opinión del medio en que actuaba, ni las ideas o los prejuicios de sus semejantes.

En la escuela elemental fue un niño prodigo, que aprendía sus lecciones con un solo repaso y era admiración de los maestros por la facilidad con que entendía sus explicaciones, su portentosa memoria y las preguntas que les formulaba, en su afán de comprender y asimilar los conocimientos científicos. Pasó por la universidad sin encontrar su vocación: a veces le atraían las matemáticas y después se inclinaba hacia la literatura o el derecho, o bien se preparaba a ejercer la medicina, atraído por la idea de servir a la Humanidad. Fue semiingeniero, cursó la mitad de la carrera de abogado y estu-

vo a punto de hacerse médico. Con tan vastos y tan diversos estudios, se convirtió en un competente profesor universitario. Así fue como el título que ha merecido mejor, ha sido el de maestro y, sin haber pasado por la Escuela Normal, se le conoce como el Profesor Manrique. Con entusiasmo y desinterés ha ejercido el magisterio en varias etapas de su vida.

Durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en los últimos días de la dictadura porfiriana, Manrique se distinguió como orador y polemista. En 1910 era de los hombres que pedían la renuncia del dictador. Era ya revolucionario. En aquella asamblea se dieron a conocer algunos estudiantes que figuraron después en política: Atilano Guerra, Jesús Acuña, el *panzón* González, Gustavo P. Serrano, José Mares, Basilio Vadillo, Luis Sánchez Pontón, Guillermo Zárraga... y una señorita Garza que lanzó esta lapidaria declaración: "los hombres son muy volubles". Una de las principales figuras de aquel congreso fue Ricardo D. Alduvín, estudiante hondureño que desplegó gran actividad, sobresaliendo como tribuno y orador de combate.

*
* * *

Cuando Pascual Orozco se convirtió en el segundo hombre del movimiento maderista, vino a México después de la toma de Ciudad Juárez. Se le hizo una manifestación espontánea y popular, que fue a saludarlo a su hotel, en la esquina de las calles Isabel la Católica y 5 de Mayo. Desde un balcón del tercer piso, Manrique hizo la presentación y el panegírico de Orozco, con un fogoso discurso que le fue muy aplaudido. Conquistó a la multitud con sus conceptos, la armonía de su voz potente, y el ademán correcto del hombre iniciado en el ejercicio de la tribuna pública. Esto significa que desde 1911 Manrique era ya un líder de las masas populares.

Trabajó por la candidatura del general Alvaro Obregón a la Presidencia de la República, durante la primera postulación del héroe de Celaya. Fue una campaña dura, independiente, en oposición al candidato oficial. Manrique fue entonces uno de los partidarios más entusiastas y decididos, así como uno de los mejores tribunos del obregonismo. Acompañó al candidato en muchas de sus giras y en Tampico sufrió un ataque artero de un esbirro de la imposición que lo besó en público, atreviéndose a mutilarle las barbas. En su larga e intensa actuación política, Manrique sufrió persecu-

ciones y fue amenazado de muerte. Nunca le arredraron los peligros y en más de una ocasión lo salvó su admirable sangre fría.

Sin que su aspecto físico denote corpulencia o vigor, Manrique es un verdadero atleta. Anteriormente acostumbraba dar la mano apretándola de tal manera, que quienes lo saludaban tenían que inclinarse y defender sus dedos de la garra que los oprimía. Sus brazos y sus bíceps son musculosos y resistentes. Podría cargar cien kilos en la espalda. Su deporte favorito es el de hacer largas caminatas a pie, con un paso abierto y seguro. Hace algunos años acostumbraba acompañar al general Heriberto Jara —otro peatón infatigable— yendo en animada charla del bosque de Chapultepec a Peralvillo.

*
* *

Si hemos de buscar cuál ha sido la actividad favorita de Manrique, tendremos que verlo como orador parlamentario. Porque a pesar de no haber llegado México a implantar el régimen parlamentario en el Gobierno, sí hemos tenido períodos en que las Cámaras legislativas han actuado como en un parlamento. Así aconteció con la XXVI Legislatura, cuando el apóstol Madero logró que se hicieran elecciones libres y que en aquel Congreso se encontraran representantes de todas las tendencias políticas: desde los revolucionarios más radicales hasta conservadores ultramontanos. Después del congreso maderista hubo cuatro o cinco Legislaturas más, en las que se oyeron las voces de la oposición y en las que los legisladores hablaron con toda libertad. Durante esos períodos los señores Secretarios de Estado tenían la obligación de acudir a las Cámaras cuando eran requeridos para explicar el alcance de las disposiciones que dictaban o se les interpelaba sobre la forma en que interpretaban algunas de las leyes en vigor. Varios de los señores Secretarios se tambalearon después de una hábil interpretación y hasta hubo quien dejara el puesto cuando algún diputado lo puso en evidencia.

Durante aquellas interesantes jornadas de las Legislaturas 27, 28, 29, 30 y 31, se escucharon discursos valientes y conceptuosos, pronunciados por muchos de nuestros más famosos tribunos. *Chucho* Urueta, Luis Cabrera, Enrique Bordes Mangel, Basilio Vadillo, Manuel García Vigil, Antonio Díaz Soto y Gama, Luis L. León, Eduardo Vasconcelos, Alfonso Cravioto, Enrique Colunga, Luis G. Monzón, Aurelio Manrique, José Castillo Torre y otros muchos que de momento escapan a mi memoria. En la 29 Legislatura quienes dieron la mejor pelea fueron Soto y Gama y Manrique, paladines

del agrarismo y dirigentes del Partido Nacional Agrarista. ¡Qué bien hablaban y con cuánto tesón y conocimiento defendieron a los campesinos! Manrique y Soto y Gama dieron honra y categoría a la Cámara de Diputados que inauguró sus labores el 1º de septiembre de 1920. No sólo fueron dos tribunos: alcanzaron renombre de parlamentarios.

Posteriormente, Manrique fue gobernador de San Luis Potosí. Hizo un gobierno *sui generis*, repartió muchas tierras y se portó con honradez. Al final tuvo dificultades con el general Cedillo, que era un tipo de cuidado. Manrique siguió en la brega y, habiendo perdido en la oposición, tuvo que expatriarse. En el extranjero sufrió privaciones; pero eso no quitó fuerza a su carácter intransigente, ni le hizo perder su fe en México. Volvió al país y de nueva cuenta marchó al extranjero; pero entonces con la representación diplomática de su patria.

Ahora, un paréntesis:

(Después de largos años de permanencia en Europa, Manrique ha vuelto a México. Es el mismo de siempre: atento, cordial y lleno de sabiduría y de buenas ideas. Mis nietos lo han encontrado amable y atrayente y gustan de charlar con él. Se ha vuelto tan amigo de ellos, que los más pequeños lo miran como a un camarada al que tratan con la mayor confianza. Aurelio goza cuando la menor de mis nietas le llama cariñosamente “Manriquito”.)

*
* * *

Y, para finalizar, referiré, como me consta, el incidente que para muchos que no lo conocen a fondo, es el hecho culminante en la carrera del profesor.

El 1º de septiembre de 1928, el Presidente Calles fue al Congreso para dar lectura a su último informe presidencial. La Cámara estaba llena a reventar: diputados, senadores, gobernadores, todos los comandantes militares de los Estados y muchísimos generales de uniforme. El resumen del general Calles, presentado poco después de la muerte del general Obregón, tenía especial significación. Era como un testamento político. El Presidente que iba a entregar el poder, se había esmerado en consignar sus ideas sobre los nuevos gobiernos de México y sostenía que en nuestro país había terminado la era del caudillismo. Cuando menos se esperaba, por el pasillo central del salón de sesiones apareció un hombre. Se detuvo un

momento y sólo pronunció esta palabra: ¡Farsante! Calles lo miró sin inmutarse y continuó la lectura. Manrique avanzó unos pasos y repitió la palabra. Así continuó avanzando, hasta decir al Presidente cinco o seis veces la misma ofensa. Frente a la tribuna parlamentaria se detuvo por última vez y volvió a llamar farsante al general Calles señalándolo con el dedo. El presidente de la República continuó, imperturbable, su lectura. Manrique dio media vuelta y pausadamente se retiró por el mismo pasillo central. Ninguna manifestación de la concurrencia produjo el inopinado incidente. Nadie aplaudió o reprobó la acción del profesor. Manrique se retiró de la Cámara sin ser molestado.

Unos días después, el Presidente Calles y cinco o seis de sus amigos, altos funcionarios del Gobierno, escuchaban un violento discurso en que Manrique atacaba rudamente al general. Los amigos del mandatario se indignaron y alguno de ellos propuso:

—Ya nos cansó este barbón. Hay que encarcelarlo y darle agua.

El general Calles, molesto por aquellas palabras, contestó en seguida:

—No debe permitirse una tarugada así. Déjenlo que hable todo lo que quiera. Tiene derecho. ¡Es un hombre!

*
* *

Manrique tiene talento, una esmerada ilustración y una gran modestia. Ha vivido con dignidad. Es recto y justiciero. Si se pretendiera definirlo en una frase breve, no encontraríamos otra mejor que esta:

¡Manrique es Manrique!